

Sr. Rector Magnífico,

Dignísimas autoridades,

Profesores y alumnos,

Señoras y señores.

Quiero en primer lugar agradecer a la Universidad Pontificia Comillas su invitación a ser la madrina de promoción de todos los estudiantes de master que se gradúan hoy. Aprecio el honor y me tenéis todos a vuestra disposición, desde hoy en adelante, personalmente y en los distintos puestos a los que me lleve mi carrera profesional.

Habéis recibido, me consta, una excelente formación intelectual. Los distintos títulos que hoy os entregan son el colofón de una preparación que os servirá para abordar el futuro con amplios y profundos conocimientos, con solvencia intelectual, con miras elevadas, sabiendo crear espíritu de equipo. Tenemos por delante grandes desafíos en este mundo globalizado e inmerso en una nueva revolución, mucho más rápida, pero equiparable –por su capacidad de transformación de nuestras sociedades- a la Revolución Industrial. Contáis para abordarlo con vuestra educación. Espero que vuestra curiosidad intelectual se mantenga fresca a lo largo de vuestra vida.

Pero no olvidéis que esta formación que os ha dado la Universidad Pontificia Comillas **incluye también unos principios éticos**, unos valores que deben regir vuestra vida, incluso en momentos complicados. Como decía Ortega, “es falso decir que lo que nos determina son las circunstancias. Al contrario, las circunstancias son el dilema ante el cual tenemos que decidirnos. **Pero el que decide es nuestro carácter**”.

Hace hoy justamente una semana asistía a la entrega del Premio Carlomagno en el salón de coronación del Ayuntamiento de Aquisgrán. Como sabéis, este prestigioso premio condecora cada año desde 1950 el trabajo desempeñado en pro del entendimiento europeo y del servicio a la humanidad y la paz mundial. Entre los premiados están los “padres de Europa”, Robert Schumann, Jean Monnet, Alcide de Gasperi, además de grandes personalidades como San Juan Pablo II (Premio Extraordinario de 2004) o SS el Papa, en 2016.

El galardonado recibe una medalla, con la siguiente inscripción: “Europa necesita libertad, valentía y tolerancia”.

El galardonado con el premio Carlomagno de este año ha sido Timothy Garton Ash, profesor de Historia Moderna en la universidad de Oxford, escritor y periodista, un inglés europeísta, como él mismo se define, que ha dedicado su vida a estudiar y explicar la historia europea.

Anthony Garton Ash insistió en su discurso de aceptación en la importancia de **transmitir a los jóvenes el carácter único del proyecto europeo, un proyecto ante todo de paz**. Coincido con su apreciación y estoy convencida de que también puede interesar

a aquellos de vosotros que no hayáis nacido en nuestro continente. Por ello me vais a permitir que hoy reflexionemos juntos durante unos breves minutos sobre Europa.

Parece natural viajar por la mayoría de los países de la Unión Europea sin trabas, sin pasar aduanas, sin pasaportes; como también lo es que en 19 países usemos la misma moneda y que no tengamos que ir al banco a cambiar dinero cuando viajamos por ellos. Asimismo, imagino que muchos de vosotros habréis disfrutado de una beca Erasmus, que os ha permitido conocer la riqueza y diversidad de los Estados Miembros de la Unión Europea y de sus ciudadanos.

Pero no sé si os dais cuenta de que Europa ha hecho frente a lo que podríamos llamar un gen autodestructivo y que llevamos viviendo setenta y dos años de paz, el periodo más largo en los últimos siglos. Es verdad que ha habido guerras en territorio europeo, como la de los Balcanes o la anexión de Crimea y la inestabilidad en el este de Ucrania, pero han sido localizadas, no globales. **Setenta y dos años de paz ya constituye por sí mismo un balance muy positivo.**

Garton Ash decía el jueves pasado en Aquisgrán que si hubiera sido un oso, habría elegido para invernar el principio del año 2005, un año en el que la Unión Europea avanzaba sin preocupación hacia una mayor integración.

Una Unión Europea que supo aprovechar los vientos de la historia de manera que cuando el régimen soviético se desintegra y cae el telón de acero, el proyecto europeo integra a los países Europa Central y del Este, fusiona la República Democrática de Alemania

en la República Federal de Alemania. La caída del muro es un momento histórico en Berlín y en toda Alemania en el que familias divididas durante décadas se reúnen y el país rezuma libertad. El sueño de los ciudadanos del centro y este de Europa, de esos ciudadanos polacos que lucharon por su libertad a través de Solidarnosk, de los ciudadanos checos liderados por Havel, de tantos otros, se cumple en la primavera de 2004. La ampliación de la Unión Europea, muchas veces criticada por la rapidez con la que se acometió, **responde al ideal de una Europa unida que se constituye en la mayor comunidad de democracias de la historia europea.**

Dos grandes contribuciones del proyecto europeo: paz y democracia.

A principios de 2005 también estábamos imbuidos por un espíritu de optimismo derivado de la firma en octubre de 2004 por los Jefes de Estado y Gobierno del Tratado por el que se establecía una Constitución para Europa.

La moneda única, el euro, parecía sólida (...), había sensación de progreso y optimismo; se decía que Europa marcaba el camino como sistema regulado de orden internacional y con su modelo social”, en palabras de Garton Ash.

Sin embargo, los ciudadanos franceses rechazaron la propuesta de una Constitución Europea en mayo de 2005, seguidos de los ciudadanos de los Países Bajos que también lo hicieron en junio de 2005.

Y, sobre todo, la caída de Lehman Brothers y otros bancos estadounidenses en 2007 provoca una crisis financiera en todo el

mundo en 2008, una gran recesión de proporciones comparables a la del 29, que se traslada a la eurozona. Su moneda es objeto de un ataque brutal que solo se detiene cuando el Presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, promete defender el euro con la famosa expresión “whatever it takes”.

En 2010 y 2011 Grecia, Irlanda y Portugal piden el rescate económico. En 2012 España solicita el rescate financiero. Empieza así en la Unión Europea una brecha norte/sur que, tras la llamada “crisis de los refugiados” de finales de 2015, se amplía también a este/oeste.

Afloran en Europa movimientos y partidos populistas y/o nacionalistas. El populismo se presenta como enemigo del pluralismo. Sus medidas políticas no buscan el bienestar, sino la aprobación de los votantes sin importar su viabilidad ni las consecuencias. Por regla general, los populistas animan a los votantes a posicionarse “frente” a otros: ya sean musulmanes, refugiados, inmigrantes, élites, gitanos, urbanitas o eurófilos.

Los ciudadanos británicos votan en junio de 2016 sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea con una victoria de los partidarios del Brexit, que representan el 51,9% de los votos, frente al 48,1% de los partidarios de la permanencia –concentrados en Londres, Escocia, Irlanda del Norte y en el voto joven-. Nigel Farage, presidente entonces del partido UKIP, anunció que el Brexit representa la victoria de la “gente normal”. Es decir, que el 48,1% de los votantes no eran normales.

Ahora os estaréis preguntando: ante este panorama tan siniestro, ¿qué sigue? Sigue la esperanza y la vuelta a un cauto optimismo.

En 2017 Europa vuelve al crecimiento económico. Irlanda y Portugal salen del programa de rescate, España empieza a devolver con antelación la ayuda recibida para su sector financiero.

Pero, sobre todo, los populistas pierden terreno, primero en las elecciones holandesas y luego en las francesas, en las que sus ciudadanos se decantan claramente por un Presidente cuya posición es rotunda y públicamente europeísta. Un Presidente que cuando era Ministro de Economía tuvo una magnífica relación con su entonces colega alemán, el socialdemócrata Sigmar Gabriel. Tanto así que sus respectivos Jefes de Gabinete publicaron conjuntamente un documento reclamando la creación de un “Schengen económico” en Europa. Muy en la línea del documento de la Comisión publicado ayer, aunque de mayor calado.

Es verdad que siguen existiendo partidos populistas en Europa, pero su riesgo ya no es sistémico. Y son comprensibles las reticencias de algunos países en ceder demasiadas cuotas de una soberanía recuperada hace no tanto tiempo.

Pero lo más importante es que hay voluntad en la mayoría de los dirigentes europeos de acercar Europa a la ciudadanía, de avanzar, de seguir siendo fuertes desde la flexibilidad. “Somos fuertes porque somos flexibles y somos flexibles porque somos fuertes” dice Garton Ash. Como ha quedado claro en la Cumbre del G7 en Taormina, defendemos el libre comercio y la lucha contra el cambio climático; pero sobre todo defendemos nuestros valores: la democracia, el estado de derecho, la defensa de los derechos humanos, el estado de bienestar, el respeto y protección de las minorías.

El jurado del Premio Carlomagno ha concedido el premio a Garton Ash porque “se enfrenta a los populistas y a los simplificadores de nuestro tiempo y formula ideas sobre cómo conducirnos en este mundo globalizado. Haciéndolo, nos provee de un ímpetu crucial para la preservación de nuestros principios”.

A vosotros también os va a tocar defender esos valores. El proyecto europeo sigue vivo y necesita, como en la medalla del Premio Carlomagno, “**libertad, valentía y tolerancia**”. Recordadlo, sois el futuro, sois nuestro futuro.